

PÁRRAFO 2.º

Causas de las faltas que se cometen
contra la caridad fraterna.

La caridad es tan *simpática* por sí misma, es tan *buen*a para el corazón, es tan *meritoria* para el alma, es tan *necesaria* para ir al cielo, es tan *fácil* á todo el mundo y en todos los instantes, hace tan *dulce* la vida de comunidad, que apenas se concibe cómo podemos dejar de amarla con entusiasmo y de consagrarnos á practicarla con todas las fuerzas del alma.

Y, sin embargo, las quejas que se escapan de casi todas las comunidades se pueden resumir en estas palabras: *¡No nos amamos bastante!*

Y es que la práctica de la caridad pide abnegación, generosidad, olvido de sí mismo; exige una lucha molesta, dolorosa, incesante contra las malas inclinaciones de nuestra pobre naturaleza viciada por el pecado.

De estas inclinaciones nacen:

La indiferencia, que nos lleva á despreciar ó, por lo menos, á desatender á nuestras hermanas;

El egoísmo, que nos induce á no pensar más que en nosotros, á no cuidarnos más que de nosotros, y nos hace envidiosos, murmuradores, chismosos;

El espíritu de propiedad, que cierra nuestro corazón y agota la generosidad que pide Jesucristo;

La sensualidad, que nos arrastra á encariñarnos por motivos puramente naturales con

una compañera que nos gusta; á concentrar en ella nuestro afecto, y resfriándose, por consiguiente, nuestro amor con todas las demás.

Tales son las causas que debilitan y destruyen en nosotros la caridad debida al prójimo.

I

La indiferencia.

La indiferencia nace, en una religiosa, de haberse debilitado el *espíritu de piedad*. Descuida sus rezos, hace mal la oración, no vive ya unida con Dios, y poco á poco no ve ya á sus hermanas en el corazón de Dios; su comunidad no es ya su familia; sus compañeras no son ya para su alma lo que eran para su corazón los miembros de su familia natural, y hasta llega á decirse: «Yo nada tengo que ver con esta compañera; no hay entre nosotras dos ningún lazo, ni de parentesco ni de amistad; sentiría, es verdad, que le sucediera algo malo, y aun le deseo todo el bien que ella misma puede desear; pero nada más, y me parece que no es poco. ¿Por qué inquietarme por sus penas é informarme, y ni aun hacer caso de si está triste ó alegre? Si está contenta, tanto mejor; si no lo está, ¿qué le hemos de hacer? Tiene sus trabajos, y yo los míos; tiene sus penas, y yo las mías.....»

No exageramos nada, y las religiosas que han llegado á la relajación en los ejercicios de piedad saben muy bien que son esos los pensamientos que han venido á turbar su corazón.

¡Oh! ¿No es verdad que ahora, al leer esta página en la presencia de Dios, te parecen muy malos esos pensamientos y comprendes que alimentarlos es hacerte muy culpable?

¡Te es indiferente esa compañera á quien das el nombre más dulce que existe sobre la tierra, después del nombre de *madre*, el nombre de *hermana*! Con quien oras todos los días, á cuyo lado recibes todas las mañanas en la santa Comunión al mismo Dios, que os dice á entrambas: *¡hijas mías!*

¡Indiferente esa compañera más antigua, que te recibió en la comunidad, que te ha materialmente iniciado en la vida de la casa, y que tan vivamente se interesa por la salvación de tu alma!

¡Indiferente esa compañera con quien pasaste el noviciado, y á quien has realmente amado, y de quien todavía eres amada; que tantas veces te ha consolado en tus disgustos; que pide por ti todos los días, y á quien tú contristas con tu frío rostro y afectado silencio!

¡Indiferentes todas esas compañeras y hermanas en cuyo favor ha hecho Dios tantos milagros, á quienes Dios ama tanto y de las cuales es tan amado! ¡esas compañeras tan santas, á pesar de todo lo que pueda decir tu imaginación, tan virtuosas, tan caritativas, tan observantes! ¡esas compañeras, cuyas oraciones tal vez impiden que Dios te castigue; esas compañeras, en fin, á quienes Dios preguntará antes de abrirte las puertas del cielo: *¿Os ha amado á todas?*

¿No ves que esa *indiferencia*, ya culpable de

sí, puesto que te hace desagradecida, ingrata, injusta, y obliga á Jesucristo á ser indiferente contigo; no ves que te arrastrará poco á poco á la *antipatía*, después á la *aversión*, y pondrá á tu alma en estado habitual de pecado?

Leed atentamente las dos reflexiones siguientes:

1.^a La profesión, renovando, fortificando y completando los votos del bautismo, ha hecho de todas vosotras una nueva familia; es como un nacimiento nuevo por el cual venís á ser miembros de un mismo cuerpo, obligadas, bajo pena de faltar á un riguroso deber, á servirlos las unas á las otras, á aliviarnos, á protegeros mutuamente, «de la misma manera, dice san Pablo, que los miembros del cuerpo deben servirse, aliviarse y protegerse». «*El ojo no dice á la mano: no necesito de tu auxilio. La cabeza no dice á los pies: no necesito de vosotros* (1).»

2.^a La profesión ha hecho de todas vosotras almas particularmente amadas de Dios, almas á quienes Dios se ha comunicado, y que se nos muestran llevando cada una de ellas grabado en su alma, pero visible sólo á los ojos de la Fe, la *señal* ó el *sello* de Dios á quien pertenecen y en cuyo nombre obran.

Preguntad á un negociante por qué abre sus tesoros á un desconocido; por qué le entrega sin vacilar una considerable suma de dinero. No es pariente suyo ni amigo, ni aun bienhechor; no espera de él recompensa, ni siquiera las gracias. ¿Por qué, pues, ese acto de con-

(1) I Cor., XII, 12 y siguientes.

fianza con un extraño, con un hombre que va de paso y á quien no verá más? Porque aquel extraño es portador de una *letra de cambio* que él ha aceptado, ó de un *billete* que está en debida forma firmado por un amigo. He aquí lo que debe suceder entre nosotros. Toda alma cristiana, cada una de vuestras hermanas sobre todo, ¿no es portadora de una *letra de cambio* que Jesucristo ha librado contra vosotras? Esa letra concebida en estos términos: «*Lo que hicieris á uno de los míos me lo hacéis á mí mismo*», ¿no está firmada y sellada con la sangre de Jesucristo? Y ¿no la lleva cada hermana como impresa sobre su frente? ¿No la habéis aceptado al recibir el bautismo, y no habéis renovado y ratificado la aceptación con vuestra profesión religiosa?

Entre las hermanas que llevan este *sello especial* de Dios, hay algunas en quienes la marca divina se muestra de un modo más particular. Tales son las *hermanas ancianas* y las *hermanas achacosas*, de las cuales ya os hemos hablado.

¡Ay! ¡esas tienen derecho á vuestro más profundo respeto y vuestras más delicadas atenciones!

¡Las *hermanas ancianas*! Respetad á esas antiguas siervas de Dios, que se han empleado en su servicio, y á quienes debéis en gran parte el bienestar de que gozáis en la comunidad. Remontaos á cuarenta ó cincuenta años atrás, preguntadles las penas que han tenido, el trabajo que se han tomado para poner la casa en el estado en que está, y os admiraréis de lo que han hecho.

No pueden ya trabajar actualmente, pero son todavía el *sostén* de la comunidad, y su sola presencia contiene, ordena, avisa, evita muchas faltas y mucha relajación.

Son las *guardianas de la regla*, el *consejo permanente* de las hermanas jóvenes, que sentirán realmente un vacío inmenso á su alrededor cuando les falten esas tan edificantes ancianas.

¡Y las *achacosas*, sobre quienes parece haber descargado la mano de Dios! ¡Ay, ellas con su resignación, con su paciencia y con su humildad (porque se necesita de mucha humildad para soportar con calma el verse así *inútil*, sobre todo en la flor de la juventud); ellas expían por vosotras, os excusan castigos merecidos, alejan de vosotras tentaciones á las cuales había riesgo de sucumbir!

No seáis, pues, *indiferentes* con estas pobres hermanas ancianas ó enfermizas; prodigadles vuestros cuidados; ¡son tan agradecidas á una delicada atención! ¡tienen tanta necesidad de vuestros servicios! ¡Escuchadlas con paciencia sin mostrar fastidio por sus repeticiones; id, cuando podáis, á hacerles compañía, y guardaos de darles á entender que causan muchas molestias y que son inútiles!

No seáis tampoco *indiferentes* las unas para con las otras. Rogad todos los días por todas vuestras hermanas, pidiendo á Dios con vivas instancias que se santifiquen y que sepáis amarlas bien. Aceptad un favor con sencillez, bondad y alegría, y prestadlo de la misma manera. Sin desatender jamás el empleo que se os ha

confiado, podéis, sin embargo, prestar el concurso de vuestra ayuda y de vuestra experiencia para el buen éxito del empleo de las demás. Estad dispuestas á tener con vuestras hermanas esas *delicadas atenciones* que complacen y endulzan la vida. Prestaos mutuamente esos *insignificantes favores* que indican un afecto sincero y generoso, y enriquecen á las demás sin empobrecer á la que los hace; y aun cuando sea preciso molestaros algo para ayudar á las otras, no vaciléis nunca: *Más vale el bien hecho al prójimo que el mal que cuesta el hacerlo.*

II

El egoísmo.

El egoísmo, ese sentimiento exagerado del *amor propio*; el *orgullo por dentro*, como con tanta propiedad se le ha llamado, es el enemigo mortal de la caridad debida al prójimo. Haciendo de *sí mismo* el centro de todo, el fin á que se refiere todo, la regla según la cual se juzga todo, el egoísmo llena de tal manera el corazón de *amor propio*, que en ese pobre corazón no queda lugar para nadie. Encerrado dentro de su individualidad, el egoísta es ajeno á todo afecto que no le atañe directamente, y acaba por ser la criatura más insoportable á sí misma y, por consiguiente, la más desgraciada. Cuesta mucho confesar este horrible defecto; pero si se examina con un poco de cuidado de dónde provienen la mayor parte de las faltas que se cometen contra la caridad, se conocerá

fácilmente que casi todas vienen del *egoísmo*.

1. Ved, por ejemplo, los *celos*; ese sentimiento angustioso que, semejante á un gusano, roe el corazón sin dejarle un momento de reposo. ¿no es fruto del egoísmo?

Una *preferencia* concedida á otra, nos parece una injusticia y nos indispone á la vez contra quien la da y contra quien la recibe: *egoísmo, celos*.

Una *ventaja* que tiene sobre nosotras alguna de nuestras compañeras, un buen *éxito* que ella consigue y que nosotras pretendíamos, nos ofuscan, nos descontentan y nos disponen á no guardarle las consideraciones debidas, y tal vez á hablar mal de ella: *egoísmo, celos*.

Una *atención* que tienen nuestros superiores con alguna compañera, un *empleo* que se le da y al cual aspirábamos, nos inclinan á creer que ella es más amada, más estimada, y de aquí nace en nuestro corazón un sentimiento acerbo que á la primera ocasión estallará en murmuraciones, quejas y enojo: *egoísmo, celos*.

Una *alabanza* que se dé en nuestra presencia á una de nuestras compañeras nos hiere, nos irrita, pareciéndonos que se nos hace una injusticia: *egoísmo, celos*.

Un *aviso* que se nos da, una *observación* que se nos hace, se presentan á nuestro espíritu como pruebas de la prevención que se nos tiene, ó de falta de afecto en los que nos hablan: *egoísmo, celos*.

La caridad no puede habitar en un corazón así desolado por los celos. ¡Oh, pobre alma que experimentas estos sentimientos, que tanto te

humillan, y de los que deseas con tanto ardor verte libre! Acude con frecuencia ante el Santísimo Sacramento, y dirigiéndote al corazón de Jesús repite horas enteras con todo el fervor de que seas capaz: ¡Jesús, manso y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro! ¡Jesús, olvidado y despreciado, enseñadme á ser olvidada y menospreciada! ¡Jesús, que os habéis hecho siervo de todos, haced que yo me haga sierva de todas mis hermanas! ¡Jesús, tan bueno para todos, tan generoso para todos, concededme la gracia de darme y sacrificarme como vos!

2. Ved aún cómo viene del *egotismo* aquel otro pecado que se comete tan fácilmente, tan extendido en todas las clases de la sociedad, tan común (vergüenza es decirlo) entre las personas consagradas á la piedad: *la maledicencia*.

Según los libros santos, la maledicencia hace del que la comete un *ser abominable* (1), y comúnmente da por resultado el destruir por completo la caridad en las comunidades.

Y, en efecto, la *caridad* une las almas y los corazones; la *maledicencia* los desune.

La *caridad* sufre y oculta las debilidades y las faltas; la *maledicencia* saca á la plaza pública lo malo que ve.

La *caridad* cura las heridas del alma y del corazón; la *maledicencia* las envenena.

La *caridad* no respira más que paz; la *maledicencia* atiza por todas partes el fuego de la *discordia*.

(1) Prov., XXIV, 9.

La *caridad* inspira respeto y sumisión á la autoridad; la *maledicencia* deshace poco á poco la aureola que rodea á los superiores.

Y todo este mal que hace la lengua maldiciente con sus revelaciones, es el resultado de un corazón egoísta. Efectivamente, ¿por qué aquella hermana aprovecha todas las ocasiones para denigrar á sus compañeras? ¿Por qué espía todo lo malo que hacen las demás y se lo cuenta á todo el mundo? Porque no puede sufrir que haya en la casa otra más virtuosa, más favorecida, más estimada que ella; porque le parece que se eleva rebajando á las demás; porque se imagina que le quitan á ella todo el bien que dicen de las demás.

La maledicencia se comete *directamente* cuando se imputa al prójimo un crimen de que no es culpable; en este caso es *calumnia*, pecado felizmente raro en las comunidades; cuando se exagera una falta cometida; cuando se descubre sin necesidad una falta oculta, ó un defecto que no es conocido; cuando se interpreta en mal sentido una acción que es realmente buena ó que á lo menos todo el mundo la tiene por buena.

La maledicencia se comete *indirectamente* si se niega el bien que otro ha hecho; si se lo atenúa; si se guarda silencio injurioso cuando se deberían aprobar ó confirmar los elogios que se dan á alguno; si se alaba la acción del prójimo con tanta frialdad que se disminuye la estimación que había merecido.

«La maledicencia aparece más innoble, dice san Bernardo, cuando se cubre con la capa de

la hipocresía. Á veces finge modales humildes, cierto aire candoroso, acento lleno de compasión y ternura, diciendo, poco más ó menos, con afectado interés: «Siento realmente mucha pena al ver que mi hermana ha caído en tan grave desorden; ¡la quiero tanto! quisiera no verme obligada á decir lo que ha hecho, pero todo el mundo lo sabe. ¡Pobre compañera mía, tan buena, á pesar de todo! Ved en qué ha venido á parar....., etc.»

Escuchad las palabras llenas de razón y buen sentido que el P. Valuy pone en los labios de la víctima de la maledicencia: «Os llamáis hermanas mías, y no hay nadie en el mundo que me estime y respete menos que vosotras. ¿Acaso el ser yo religiosa y la majestad de Jesucristo, cuya esposa he llegado á ser, en lugar de ennoblecerme me habrá envilecido y degradado? Os guardaríais muy bien de tocar á mi bolsillo si lo tuviera, ¡y me robáis el honor que es mil veces más precioso! Después de tantas comuniones, ¿no ha depositado todavía Jesucristo en vuestra lengua un poco de dulzura y en vuestro corazón un poco de caridad? ¿Os hacéis lobos comiendo el Cordero, como se lo reprochaba san Juan Crisóstomo al clero de Antioquía? Y vosotras que huís tan escrupulosamente de los groseros vicios del mundo, ¿no tenéis reparo en condenaros por vuestras *maledicencias*? (1)»

(1) Se ha dicho que para no caer en el vicio de la maledicencia convenia ser *ciego*, *sordo* y *mudo*. *Ciego* para no ver lo malo en donde está, lejos de sospecharlo en

Una sola palabra del juicio temerario, que es la *maledicencia preparada y elaborada lentamente en el corazón*, y está prohibido por Dios, como sabéis bien. Las más de las veces es injusto porque se forma sobre simples apariencias; es efecto de la envidia, de la aversión, del interés, y nos expone á ser juzgados por Dios sin ninguna misericordia. Sigamos, pues, el sabio consejo de san Francisco de Sales, que dice: *Si una acción tuviera cien aspectos, la miraría siempre por el más bello*; y pensad que aquella compañera de quien juzgáis mal, en este momento es *tal vez* más agradable á Dios que vosotras. «Hay muchas cosas, dice san Buenaventura, que se miran como malas porque no se las comprende, ó porque no se las ve más que por una parte; y luego, cuando se han comprendido bien, ya nos parecen justas y razonables, y tenemos que avergonzarnos por nuestra ligereza.»

3. Ved, por fin, si no vienen del *egoísmo*

donde no existe; *sordo* para no oír chismes; *mudo* para no divulgar lo que por necesidad se ha visto ó oído.

Y esto es cierto. Si tenemos *humildad*, seremos ese *dichoso ciego* que no ve lo malo en los demás, porque no se considera con derecho á examinar ni á juzgar; seremos ese *feliz sordo*, que no comprende la gravedad de lo malo que le cuentan, porque tiene bastante que hacer con pensar en lo malo que él hace; seremos ese *dichoso mudo* que no habla de lo malo que conoce, porque se considera mucho más culpable que todos los demás, y siente la necesidad de que no se hable de sus faltas.

Y si tenemos *caridad*, excusaremos á nuestras hermanas, las defenderemos, ocultaremos sus defectos para que nadie los vea.

esos chismes imprudentes, sembrados acá y allá en una comunidad como se siembra la zizaña en un campo, y que producen al principio *la frialdad*, luego *la sospecha*, después *la discordia*, más adelante *la enemistad*, y, por último, dejan en los corazones cierta *odiosidad*, de donde resulta que ya no se puedan ver.

Cuando una hermana va á contar á su compañera lo que de ella ha oído decir, las más de las veces lo hace por ligereza, sin reflexión; alguna vez con cierta malicia, sobre todo por celos, y siempre dominada por estas ideas: *¡Yo no lo haría así!* *¡Yo no diría eso!* *¡Yo sé todo lo que pasa!* ¡Egoísmo, orgullo!

¡Oh, cuán detestable es, sobre todo en las comunidades en donde las hermanas se encuentran á cada paso, en donde tienen que vivir juntas y trabajar juntas, ese vicio llamado con razón *el vicio especial del demonio!* El daño que esto puede hacer es incalculable, y basta que dure algunos meses para que una casa en donde el demonio ha logrado introducir una lengua maldiciente y chismosa quede enteramente trastornada!

Dios, dice el Espíritu Santo, *abhorrece á siete clases de pecadores; pero hay otra clase á la cual abhorrece de un modo especial, y son los que siembran discordias entre los hermanos* (1).

«Los *chismes* imprudentes é irreflexivos, dice santo Tomás, son más culpables que la maledicencia. Un pecado, añade, es tanto más grave y más opuesto á la caridad cuanto mayor sea

(1) Prov., VI, 19.

el perjuicio del prójimo; este perjuicio es tanto mayor cuanto más precioso sea el bien que se le quita; ahora bien: la simple maledicencia le roba al prójimo *su reputación, su honor*, cosa muy preciosa, sin duda; pero el chismoso imprudente le priva del *amigo que le amaba*; rompe para siempre quizá los lazos tiernos y piadosos que le hacían la vida tan dulce. Y ¿no ha dicho Dios *que no hay nada comparable á un amigo fiel?* (1)»

Recuerda, pues, pobre religiosa, que te sientes inclinada á ir propalando lo que ves y lo que oyes, recuerda estas enérgicas palabras; el demonio se sirve de ti como de un juguete envenenado; él es quien te lanza de aquí para allá; él es quien viene á ponerse en tu lengua, y por este medio siembra la discordia; él es quien por la noche, cuando dos ó más corazones se han entibiado ó dividido, te da las gracias diciendo: *¡Muy bien has merecido hoy de mí!*

4. Pero ¿no se pueden descubrir jamás las faltas del prójimo sin lastimar la caridad y, por consiguiente, sin ofender á Dios?

Ocasión es ésta de exponer con cuidado la doctrina sobre la revelación de las faltas del prójimo. Hay casos en que la religiosa pecaría,

(1) *Fama ipsa quæ per detractionem tollitur, ad hoc maxime necessaria est, ut homo idoneus ad amicitiam habeatur; et ideo susurratio est majus peccatum quam detraction, quia amicus est melior quam honor, et amari quam honorari..... Unde dicitur: amico fideli nulla est comparatio.* (Sum., 2.^a 2.^æ, q. 74.)

y á veces gravemente, si conociendo las faltas de una de sus compañeras no las revelase.

CASOS EN QUE ESTÁ MANDADA LA REVELACIÓN

Cuando por este medio hay casi certeza de conseguir el provecho espiritual ó temporal de la culpable, porque así se corregirá ó se contendrá.

Cuando estamos casi seguros de lograr el provecho espiritual ó temporal de aquellos á quienes se descubre la falta, porque tomarán precauciones y evitarán por este medio un mal inminente.

Cuando la autoridad legítima nos ordena esta revelación.

Cuando con esa revelación se puede prevenir un desorden público ó impedir un mal particular.

PRECAUCIONES QUE SE HAN DE TOMAR AL HACER LA REVELACIÓN

Si se sabe bajo sigilo la falta cometida, es preciso, ante todo, hablar sólo á la culpable á fin de que se corrija y ponga remedio á los males que producen sus faltas; sólo en el caso de que la corrección sea mal recibida, ó que la culpable no quiera enmendar el daño que hace, es necesario hablar de ello á los superiores.

Jamás es lícito revelar una acción culpable por odio ó aversión; tampoco es permitido exagerar el mal; interpretar en mal sentido lo

que pueda tener alguna excusa; dar, en fin, por cierto lo que es dudoso.

La religiosa que se crea obligada á revelar la falta de una compañera suya hará muy bien en pedir consejo al confesor de la casa, y á lo menos, no obrar sin haber pedido á Dios la gracia de ser prudente y caritativa.

IV

El espíritu de propiedad.

El *espíritu de propiedad* es otra de las causas que amortiguan el espíritu de caridad, y causa tanto más peligrosa cuanto que *este espíritu* parece razonable.

Realmente, en comunidad nadie es propietario de nada, pero cada cual cuida de *ciertos objetos* inherentes al empleo que la obediencia le ha confiado.

Tales son *la ropería, la sacristía, una clase, la biblioteca, la enfermería, etc.*

Y este cuidado, exagerado algunas veces, acaba por engendrar cierto apego al cargo ú oficio y á las cosas propias del cargo, y de aquí nace un defecto que nadie se atreve á llamar por su propio nombre, que es *avaricia*....., y la avaricia mata la caridad.

Si una hermana cuida de todos los objetos que se le han confiado, y procura tenerlos en orden, y conservarlos brillantes de puro limpios, únicamente en atención á Dios; si todo el trabajo que se toma tiene por objeto probar á Dios que agradece profundamente el honor

que le ha hecho confiándole aquel empleo en su casa; si la satisfacción de complacer á Dios domina sobre todo otro sentimiento personal, morará la caridad en su corazón, y las compañeras pueden ir á pedirle lo que tiene á su cargo, y se lo prestará con mucho gusto.

Pero si esa hermana no tiene apego á su empleo más que por su gusto y por amor propio, porque lo desempeña muy bien, y en esto tiene sus complacencias; si su alma siente por eso cierta fruición puramente natural; si considerándolo como *propiedad personal*, dice: *mi sala, mi clase, mi ropa, mi sacristia, mis niñas.....* ¡ay! es indudable que en ese corazón ya no es la caridad la que reina, es *el espíritu de propiedad*, es *la avaricia*. ¡Que se guarde bien cualquiera compañera de mudar algo de donde ella lo había colocado, ó de hacerle alguna observación, ó de darle algún consejo, y mucho menos todavía de pedirle alguno de los objetos que ella guarda! A esa compañera la reprenderá severamente, la despedirá con malas maneras, la reconvendrá de introducir el desorden en todas partes, de no devolver nada, de no saber hacer nada.

Y, sin embargo, la caridad lo da todo con gusto; la caridad ayuda alegremente á todo el mundo.

V

La sensualidad.

Esta palabra *sensualidad* designa aquí el sentimiento que nos inclina á encariñarnos de

una manera enteramente natural con una compañera que nos gusta. No suponemos nada *malo* por de pronto; es una simple simpatía, á cuyos atractivos se ha cedido sin resistencia; una conformidad de ideas que ha unido los corazones; una amistad formada súbitamente ó poco á poco, que no excluía á Dios, pero en quien no se pensaba sino secundariamente, y que no tenía otro objeto que el de satisfacer la necesidad del corazón.

Esto es lo que se llama *amistades particulares*, cuyos efectos ordinarios son destruir la caridad universal que debe unir entre sí á todas las hermanas; perturbar el orden de la comunidad; escandalizar á las demás; hacernos indóciles á la obediencia; acostumbrarnos á obrar á escondidas; impedir que el alma llegue á la perfección de su estado; secar el corazón para las cosas de Dios y producir en él lo que con razón se llama *el tedio de Dios*; exponer á una multitud de violentas tentaciones; algunas veces y muy á menudo arrastrar á caídas humillantes. «Puedo decir muy bien, escribía un prelado, cómo empiezan esta clase de amistades; pero no puedo, no me atrevería á decir, cómo han terminado algunas veces. Pero si una religiosa empieza á amar así, á quien quiera que sea, ó se deja amar así por quien quiera que sea, tenga entendido que empieza á morir al amor verdadero. Abandona el cielo puro y sereno de la caridad para descender á una región de nubes y tempestades. Se está emponzoñando, y quiera ó no quiera, trabaja por emponzoñar á sus hermanas. Satanás puede reti-

rarse de una comunidad en donde subsisten tales amistades; su obra se hará allí con seguridad y por sí misma (1).»

Vamos á citar aquí algunas páginas de un autor antiguo, que consideramos muy á propósito para ilustrar á las almas sobre este importante asunto.

1. Todo lo que hay de excesivo en el afecto que se tiene á una hermana, se subtrae necesariamente de la porción que se debe á todas las demás. El corazón, lleno y satisfecho con este único goce, no pide otros; ya no siente necesidad de amar á todas sus hermanas, ni de ser amada por ellas; está harta. Cuanto más viva es y más se concentra en un solo objeto esta amistad, tanto mayor contento proporciona al alma, y, por consiguiente, tanto más aviva el cariño; el alma está toda en ese objeto, y eso es lo que precisamente se llama pasión. Todo lo que á él la conduce, le agrada; todo lo que la aleja, le es pesado. Cuando dos amigas están reunidas hablando juntas, fácilmente se puede presumir cuál será el recibimiento que tendrá la indiscreta que intente acercarse. Pronto é infaliblemente las ideas, los sentimientos, las antipatías, los agravios, los motivos de queja y todos los defectos de la una serán comunes á la otra. Es preciso confesarlo humildemente: al encariñarnos demasiado, sobre todo cuando es contra la orden de Dios, nos comunicamos más fácilmente nuestros defectos que nuestras virtudes. Ciegos partida-

(1) Mons. Gay.

rios de la persona amada, para nosotros, ni ésta puede equivocarse jamás, ni tener razón los que le hacen la contra. ¡Ay! ¡Nos cuesta tanto perdonar al prójimo las faltas que comete contra nosotros! ¿Qué será cuando hayamos hecho causa común con una amiga? Las desatenciones con ella serán desatenciones con nosotras; así veremos redoblar nuestras tentaciones contra la caridad, y será preciso, ó redoblar también nuestros penosos esfuerzos de resistencia ó correr el peligro de verse multiplicarse nuestras faltas contra esta principal virtud. Y aun cuando no llegue á ser amistad particular bien manifiesta, esos serán los resultados de todo interés demasiado natural que tuviéremos por alguna.

2. ¿No son los corrillos formados por las amigas, en donde cada cual se permite hablar del prójimo con toda libertad? ¿En donde se dice con fruición todo lo que de él se sabe y todo lo que se sospecha? ¿En donde se decide de la estimación ó desprecio que merece? ¿En donde se juzga, no sólo de su conducta exterior, sino también de sus más recónditos pensamientos y hasta sus más ocultas intenciones?

Ahí es donde se habla con ligereza (por no emplear otra expresión más fuerte) de la conducta de los superiores y confesores; se interpretan en mal sentido sus advertencias y todos sus actos; se hacen comparaciones desfavorables ú odiosas entre unos y otros; de ahí el espíritu de insubordinación, de arrogancia, de partido, cuyas funestas consecuencias saltan á la vista.

Nada se escapa, ni aun la regla, en la que se advierten algunos puntos molestos, minuciosos, poco prudentes y poco á propósito para las circunstancias; de ahí el desprecio de la regla, la relajación, y á menudo la infidelidad á la vocación.

El mundo tiene á veces su puesto en estas íntimas comunicaciones. Se refiere con delección lo que se ha visto en el mundo, las costumbres y amistades que allí se habían contraído, el género de vida placentera y cómoda que se llevaba, las gratas ocupaciones y deleitables entretenimientos, las felices esperanzas que parecían anunciar un porvenir brillante y halagüeño. Todas estas conversaciones, además de halagar al *tierno egoísmo*, á ese amor propio que tanto cuesta dominar, presentan vivamente al espíritu la seductora imagen del mundo, inclinan insensiblemente á amarle, á desearle, á buscarle, y no pueden menos de inspirar disgusto y aversión al estado religioso.

3. Hay más aún: complácense las amigas en comunicarse hasta su propio interior; entre ellas no hay nada secreto. ¡Son tan dulces las confidencias! Descúbrense, pues, mutuamente, sin reserva, sus repugnancias, sus penas, sus sentimientos, sus gustos particulares, muchas veces hasta sus tentaciones y los secretos más ocultos de su conciencia; y como la amistad abre el camino á la imitación, el modo de pensar, el modo de obrar, las penas interiores, todo, hasta las imperfecciones y los defectos, por no decir más aquí, se hace *uno y común*. Si se llega hasta darse cuenta mutuamente de los

avisos y amonestaciones de la superiora, de la maestra, del confesor, lo que sucede muy ordinariamente en esta clase de amistades, esos avisos resultan enteramente inútiles, y entonces ¡ay, qué pérdida! ¡Qué abuso de gracias! Esa santa semilla que Dios hace sembrar en nuestro corazón sólo puede germinar y producir fruto en tanto que la conservamos cuidadosamente, la fomentamos en nuestro pecho, y la alimentamos con nuestras reflexiones y nuestro trabajo interior. Si la dejamos al descubierto con nuestras indiscretas revelaciones, desaparecerá sin esperanza de recobrarla; habrá salido del corazón por la boca al hacer una desdichada confidencia; ningún efecto producirá en nuestra alma, y, después de todo, ¿sucede ordinariamente que aquella á quien se comunican estos avisos los respete mucho? ¿No habrá de creer que se los comunican para someterlos á su juicio y saber su opinión? Así no vacila en decir lo que piensa; los comenta, los explica, los modifica; y he aquí avisos que no tienen otro peso en el espíritu de la indiscreta que hace la confidencia, que el que le da la opinión de la ciega y temeraria amiga que la ha escuchado. Así se estanca en su mismo manantial la corriente de gracias que Dios nos había prodigado para conducirnos á la perfección, á que deben aspirar toda su vida las almas religiosas.

4. Hay todavía un peligro contra el cual deben precaverse las personas cuyo corazón es tan propenso á encariñarse. Es posible que encuentren un escollo en las mismas relaciones

que deben tener con sus superiores, y que, en vez de sacar de estas comunicaciones frutos de gracia, valor y medios para adelantar en la virtud, si se dejan llevar de esa inclinación sensual y puramente humana, no sepan saborear en las relaciones de una dirección espiritual más que las dulzuras de la confianza, las ternuras de la amistad, los deleites del interés que inspiran y de las pruebas que de ello reciben, y es muy de temer que de esta manera emponzoñen el manantial de los socorros que Dios les había preparado. No nos asuste un poco de seriedad, y aun de severidad, en los que nos dirigen; es para nosotros una seguridad. ¡Ay! Es tal nuestra miseria, que no sé si es más de temer el escollo de la confianza que el de la prevención.

Las religiosas que tienen celo de alcanzar la perfección de su estado, deben poner el mayor cuidado en preservar su corazón de los lazos de todo afecto natural, de toda amistad particular que destruye la caridad tal como Jesucristo nos la ordena, y no olvidar que todos los maestros de la vida espiritual han llamado siempre á esta clase de relaciones *la peste de las comunidades*.

VI

La religiosa sin caridad para con el prójimo.

El cuadro siguiente, que sacamos de la *Guía del Seminarista*, resume y completa los avisos que acabamos de dar:

El corazón es el foco de la caridad. Cuando la caridad no reside en él, está frío; cuando allí reina, está ardiente y abrasado. Si descendemos, pues, hasta el corazón de la religiosa poco caritativa, lo encontraremos desde luego frío é insensible con respecto al prójimo: el egoísmo ocupará el lugar de la caridad. No sólo no habrá amor para sus hermanas, sino que habrá contra ellas sentimientos de aversión, de celos, de rencor y otros de la misma índole.

La religiosa poco caritativa no piensa habitualmente en sus hermanas con afecto y generosidad; piensa más bien con cierta especie de malevolencia, ó al menos de indiferencia y frialdad.

Si tiene conocimiento de alguna falta cometida por una de sus hermanas, en vez de buscar los medios de excusarla se complace en condenarla en el tribunal de su mal corazón, acrimina sus intenciones, y atribuye á malicia refinada lo que tal vez ha sido puro efecto de la fragilidad y de la distracción.

Si la culpable no es conocida, quiere conocerla; con este motivo examina, indaga, forma cálculos, suposiciones, y si no decide en absoluto, sospecha y parece complacerse en pensar que sus sospechas son fundadas.

Si, sobre todo, se considera ofendida por lo que llama un mal proceder, no admite ninguna excusa, ni fragilidad, ni descuido ó inadvertencia. Su amor propio, herido, se irrita vivamente, y entonces es cuando recrimina con más malignidad que nunca las intenciones de